

JOSÉ MARÍA LÓPEZ RUIZ

LAS ROJAS Y LAS AZULES
DE 1939

MUJERES ESPAÑOLAS
EN LA ENCRUCIJADA



MADRID, 2019

ÍNDICE

EXPLICACIÓN	9
EL MUNDO DE LAS «ROJAS»	13
Enero.....	15
Febrero	61
Marzo.....	85
EL MUNDO DE LAS «AZULES»	117
Abril.....	119
Mayo	170
Junio.....	192
Julio	197
Agosto.....	201
Septiembre	212
Octubre	223
Noviembre.....	232
Diciembre.....	249
BIBLIOGRAFIA	269
ÍNDICE ONOMÁSTICO	277

EXPLICACIÓN

*L*o que el lector tiene ante sí es una crónica en la que cuesta disimular la simpatía por uno de los campos ideológicos, el de las mujeres republicanas o que vivieron en el territorio del Frente Popular, aunque ello no obsta para que se intente una neutralidad, o cierta distancia, cuando se trate, y se hable, de las franquistas, si nos referimos a las artistas, escritoras o cualquier profesión común a las diferentes ideologías y al momento histórico que se vivía. De hecho, en el período «rojo», y en el territorio aún republicano hasta su desaparición, se movieron también las opuestas, como en el «azul», y en la España franquista, vivieron, sufrieron y murieron muchas «rojas». Hay, sin embargo, un hilo conductor, unos vasos comunicantes que igualan a unas y a otras: el olvido. No hablamos de las que, de forma efímera y puntual, «fueron noticia». Incluso aparecerán aquí aquellas que, para ciertos lectores más informados, ya han llegado confusamente hasta nosotros, pero ni tan siquiera ellas acaban de impactar en el gran público, para el que esos nombres apenas suponen una referencia vaga, se diría que incluso en mayor medida para los españoles de hoy (y, debería serlo de forma especial para las españolas del siglo XXI). Es evidente que las mujeres españolas de ahora mismo se encuentran huérfanas de referentes ideológicos, artísticos o sin adscripción de las de su sexo (excepción hecha de contadísimos nombres repetidos constantemente en el tiempo) de las que, en el pasado, se adelantaron décadas en la lucha por la consecución de unos derechos que ahora se dan por conseguidos.



Mujeres republicanas colaboran en los desescombros tras un bombardeo.

En estas páginas, repetimos, con la sencillez de una crónica periodística, se pretende que salten a la vista, desde sus nombres en versalitas, aquellos cientos (puede que miles) de mujeres que tuvieron la fatalidad de que les pilló la guerra, y lo que vino después, cuando, precisamente, empezaban a soñar en unos horizontes para ellas, por primera vez en la historia española, mucho más amplios y prometedores. Pero los usufructuarios tradicionales —y eternos— de los poderes fácticos no iban a consentir una nueva «revolución», esta mucho más peligrosa a largo plazo, como lo era —lo sería, sin duda, de haberla permitido— la de las mujeres de este país, aherrajadas y humilladas, ignoradas y menospreciadas siglo tras siglo. La sublevación fascista quiso, también, impedir ese ascenso imparable de la mitad femenina del país. Lo consiguió desde el primer momento, con creces, en las provincias y lugares en los que se hizo con el poder de forma inmediata. Y perdió absolutamente, y más de lo esperado, allí donde fracasaron con su golpe de Estado.



En la zona nacional, ellas sonríen mientras bordan y cosen.

En la España frentepopulista, por el contrario, todo se precipitó, también el afianzamiento de los roles y los derechos de las españolas. Allí, ellas eran las protagonistas, aunque con fecha de caducidad ya que, con la derrota de la República, se tuvieron que sumar —por la fuerza— a sus desgraciadas compatriotas de la otra España y, una vez uniformadas todas de azul (exteriormente, pero también, y sobre todo, por dentro), el color rojo sería desterrado para siempre (una eternidad de más de cuarenta años), con tanta saña que por decreto desapareció esta misma palabra del uso hablado y escrito, autorizada solo como insulto lanzado como un escupitajo a los vencidos, y sustituida por otro adjetivo equivalente y neutro: «colorado».

Hay que repetir aquí un grito salido también del título de una tremebunda novela de la inmediata guerra civil: «¡Arriba los espectros!», y en este caso, aplicárselo a todas aquellas españolas que, en una época convulsa, trágica, sangrienta, cumplieron con sus deberes, o padecieron persecución o, muchas de ellas, contribuyeron desde la cultura, las artes o los espectáculos

a intentar mejorar la perra vida que llevaban todos los españoles, bien enriqueciendo su espíritu con la primera, o cosquilleándoles la vida —tan frágil y con tan poco valor— con los segundos. En ambas, vitales, actividades, cultura y espectáculos, la presencia femenina ganaba por goleada, al menos en visibilidad. Y, aunque no minusvaloremos a las políticas y a las figuras del feminismo militante (que, por supuesto, también aparecerán en estas páginas), es de justicia, creemos, empezar por rescatar, desempolvar y hacerles justicia a todo ese ejército que luchó con las armas del saber y el arte —las artes—. Ellas, todas ellas, si no la palabra, aquí tendrán, por fin, un recuerdo. Una resurrección, si se quiere efímera y sencilla (ya hay, o habrá, biógrafos e historiadores que completen sus vidas) pero mínima compensación, más que merecida, de todo lo que se les privó en vida, y también después.